

Verdad y arbitrariedad: la lectura unamuniana del *Quijote*

Ibon Zubiaur

Plantear el problema de las relaciones entre la filosofía y la literatura implica ya aceptar el punto de partida de una distinción muy poco clara. Voy a intentar aquí ignorar la distinción: que cada cual responda a su manera a la pregunta sobre qué es lo que hace que *El Banquete* sea un libro de «filosofía» y *Los hermanos Karamazov* de «literatura». Voy a enfrentarme al libro más universal que ha producido nuestra lengua castellana con abierta irreverencia hacia los géneros, a través del vibrante comentario de un autor heterodoxo que el celo de los taxónomos encuentra gran dificultad en ubicar: Miguel de Unamuno, autor de *Vida de Don Quijote y Sancho*. Lo hago desde la afirmación de que el núcleo de pensamiento común a la novela cervantina y a su exégeta bilbaíno es uno de esos que muchos filósofos reclaman como propios mientras se lo niegan a los literatos: el problema de la verdad.

Es difícil decir cuál puede ser el tema de la filosofía (por no hablar del de la literatura), pero puede decirse, sin temor a exagerar, que el tema del *Quijote* es la verdad. La frecuencia estadística de la palabra «verdad» y sus derivados es tan abrumadora en la novela que asombra sólo ver que no haya recibido una atención masiva. Evidentemente, no se trata tanto de la discusión abstracta del concepto como de su puesta en juego experiencial: por estas diferencias de abordaje suele distinguirse entre novelas y tratados. La reiteración de una frase hecha como «así es la verdad», con que los personajes sancionan su aceptación de relatos ajenos, contribuye ciertamente a engrosar la estadística, pero obliga con ello a plantearse el fondo filosófico de ese lugar común. Igualmente, la expresión «esta verdadera historia» a que recurre el narrador profusamente es tópica y paródica, pero opera como recordatorio del problema principal. Verdad y mentira, representación y fingimiento, son efectivamente temas obsesivos de toda la literatura del Renacimiento y el Barroco; el *Quijote* despliega sus distintas variantes y les suma la cuestión que viene a coronar su originalidad: la verdad de los libros, la relación entre ficción y realidad. Pero incluso en el ámbito

de la empiria, episodios como el del yelmo de Mambrino o la cueva de Montesinos se elevan por encima de todas las mascaradas y anagnórisis tradicionales y constituyen cumbres del planteamiento filosófico de la verdad (y además psicológico, y social: el libro acoge muchas dimensiones).

Lo que no es honesto es considerar un loco a Don Quijote por recurrir a los encantadores como explicación de sus fracasos y luego tomar en serio, una generación después, a quien argumenta con la hipótesis de un genio maligno «que pone todo su empeño en engañarme». El novelista Cervantes se pregunta por la fundamentación de la verdad con no menos rigor que el matemático Descartes: su respuesta es menos unívoca, y por eso más rica. De ahí que su influencia no haya sido menor: si a Descartes se le atribuye la paternidad de una modernidad en la filosofía que ancla nuestra experiencia en un sujeto más formal que vivo (el que más tarde Kant, con su precisa radicalidad, iba a llamar trascendental), Cervantes inaugura la Modernidad en la novela consagrando su perspectivismo (que incorpora todas las dimensiones de experiencia, incluyendo, posiblemente, a los encantadores). El problema es el mismo (es epocal); las soluciones son diversas. Ambas son igualmente filosóficas.

Este adjetivo, «filosófico», suele asignársele a Unamuno más o menos en la misma medida en la que se le niega el sustantivo de «filósofo». Como escribió versos y dramas, artículos de prensa innúmeros y obras para las que acuñó etiquetas peregrinas (como la «nivola»), se concede a lo sumo que todos estos productos tienen un trasfondo «filosófico»: la concesión no oculta la incomodidad y la pregunta tácita sobre por qué entonces este señor no tuvo a bien escribir libros de filosofía (el candidato más acreditado a esta categoría, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, es descalificado por muchos peritos como mera poesía confesional). En su propósito ingenioso y *pour épater les bourgeois*, quizá anduvo más atinado Jean Cassou cuando afirmaba que Unamuno no había escrito sino «libros de comentarios».¹ Unamuno, siempre dispuesto a recoger cualquier guante, replica con un «Comentario» en el que acepta la operatividad de la

¹ Jean Cassou, «Retrato de Unamuno», precediendo a *Cómo se hace una novela en Unamuno*, Obras Completas, Vol. X, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958, p. 835. Todas las citas de Unamuno en lo que sigue se entenderán referidas a esta edición. La Vida de Don Quijote y Sancho (en el Vol. IV de las Obras Completas) la citaré en el texto simplemente con el número de página. Las otras obras de Unamuno, con el volumen de las Obras Completas y el número de página.